



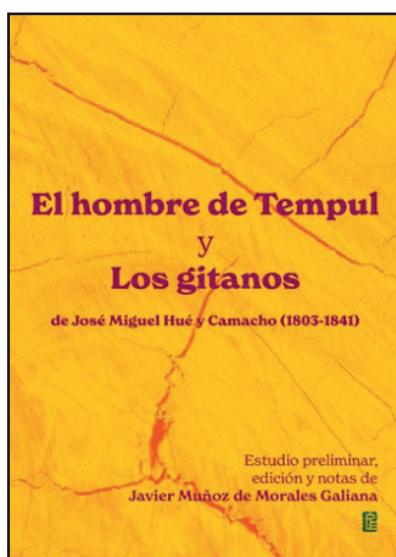
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 31 (2025)

José Miguel HUÉ Y CAMACHO (2024), *El hombre de Tempul y Los gitanos de José Miguel Hué y Camacho (1803-1841)*, León, Servicio de publicaciones de la Universidad de León, 269 pp. Estudio preliminar, edición y notas de Javier Muñoz de Morales Galiana.



El libro que aquí reseñamos ofrece la edición crítica de dos novelas: una inédita hasta el momento y otra que recibe su primera reedición. Ambos textos pertenecen al autor jerezano José Miguel Hué y Camacho (1803-1841), apenas estudiado hasta fechas recientes por la crítica debido, como declara Javier Muñoz de Morales Galiana, autor del presente volumen, a lo inaccesible de su obra, en paradero desconocido en su mayor parte hasta 2014. Este investigador, que ya ha editado junto al profesor Daniel Muñoz Sempere otra de las novelas de Hué y Camacho —*El feri de Benastepar, o los moros de Sierra Bermeja* (Támesis, 2023)—, nos brinda ahora la edición de: *El hombre de Tempul y Los gitanos*.

El principal interés de estas novelas es, según Muñoz de Morales, su ambientación en una época infrarrepresentada por la novela histórica decimonónica: el siglo XVIII, y más concretamente el período que sigue a la victoria de Felipe V sobre el bando austracista en la Guerra de Sucesión. Hecho singular para este investigador, dadas las connotaciones negativas de este período en la primera mitad del XIX, cuando se concibieron estas novelas. Como expone en el primer epígrafe del apartado introductorio, aludir al reinado de Felipe V en el contexto del nacionalismo decimonónico significaba traer a la memoria un momento de decadencia nacional, por lo que convenía soslayarlo en favor del

esplendoroso reinado de los Austrias. De la misma manera, suponía la difusión de una imagen poco conveniente de la dinastía reinante, que podría interpretarse como una crítica antiborbónica y, por lo tanto, convertirse en objeto de censura.

A esta particularidad se suma, además, la peculiar visión que de este período histórico ofrece el autor, cuyo perfil biográfico y literario aborda Muñoz de Morales en el segundo punto de la introducción, a modo de aproximación inicial a su desconocida figura. Hué y Camacho ejerció la medicina como profesión y consideró su incipiente trayectoria literaria como forma de conseguir una situación de mayor prosperidad que, sin embargo, nunca llegaría a alcanzar a causa de su prematura muerte en 1841. Solo dos de sus obras fueron publicadas: las *Leyendas y novelas jerezanas* (1838), de forma anónima, y *La hija de Abenabó* (1842), a título póstumo. Su repercusión se sabe que fue escasa, por más que recibiera elogios de Alberto Lista y que Parada y Barreto le consagrara un capítulo biográfico en sus *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera* (1878). Este último trabajo daba a conocer a Hué y Camacho como autor prolífico, pese a que su obra permaneciera inédita; e inaccesible, hasta que en 2014 su tataranieto donara a la Biblioteca Central de Jerez varias cajas de manuscritos, y en 2021 el profesor Muñoz Sempere hallara el manuscrito completo de *El ferí de Benastepar* que, hasta la fecha, se conservaba solo parcialmente. Hitos gracias a los cuales se ha podido reconstruir el corpus literario del autor jerezano, compuesto por novelas, obras teatrales, una traducción libre de *Hamlet* y composiciones poéticas.

A la introducción sigue la edición de los textos junto a sus respectivos estudios preliminares, pues Javier Muñoz de Morales Galiana realiza un extenso análisis de ambas novelas, parcelado en hasta quince epígrafes cada uno de ellos —trece, si descontamos el dedicado a exponer los criterios de edición y el de la propia edición del texto—. Quizás, de presentarse unificados ambos estudios se habría evitado la reiteración de contenidos en algunos de los apartados, dado que si bien el autor presenta estas novelas como obras literarias independientes —en principio tan solo vinculadas por su autor y su ambientación en el XVIII—, en la primera sección del estudio sobre *El hombre de Tempul* se desvela el nexo fundamental que une a esta novela con *Los gitanos*. Muñoz de Morales indica que el autor barajó en un primer momento su inclusión en la colección *Las noches de Benaoján*, pero finalmente decidió que formaría parte de la nómina de composiciones que pretendía reunir para la de *Leyendas y novelas jerezanas*, que de hecho hubiera encabezado, si no fuese por un inconveniente sobrevenido que lo habría obligado a dejarla inédita y a publicar otra en su lugar: *Los gitanos*. La razón más plausible de entre las hipótesis que propone el editor de estas novelas es que el impresor pusiera algún impedimento ante lo que precisamente presta mayor originalidad a *El hombre de Tempul*: la presencia de hechos truculentos y grotescos y su «carácter subversivo contra la dinastía de los Borbones» (p. 31).

En el argumento de *El hombre de Tempul*, que Muñoz de Morales detalla también en la segunda sección del estudio, confluyen las trágicas y truculentas historias de dos generaciones de una familia jerezana favorecida y encumbrada por Felipe V en reconocimiento al apoyo brindado a su bando durante la Guerra de Sucesión: la de la venganza de Pedro Medrano contra su hermano Juan por provocar la muerte de su amada y apartarlo de sus hijos; y la historia de María o «la lechera de Tempul», como Hué y Camacho pensó titular originalmente la novela, que se revela al final como hija de Pedro Medrano, tras volver sin saberlo al que fuera su hogar, donde hubiera sido objeto del abuso sexual sistemático que Diego Medrano, hijo de Juan, comete en el cortijo junto a otros señoritos aplebeyados contra jóvenes doncellas que raptan en colaboración con algunos gitanos.

Así pues, de aquel contexto sociopolítico instituido tras el triunfo del Borbón, Hué y Camacho hace derivar la ascensión de una élite aristocrática envilecida y corrupta.

Ello es lo que, para Muñoz de Morales, justifica la etiqueta «novela histórica» que acompaña al título, pues más que mero escenario, ese preciso contexto histórico es condicionante de lo narrado. El cuarto apartado del estudio de esta novela se dedica a discernir entre sus componentes histórico y ficcional, de lo cual se concluye que, si bien los privilegios proporcionados por Felipe v a sus aliados jerezanos concuerdan con los datos históricos, la imagen degenerada de esa aristocracia responde más bien a la visión de un autor que, «desde una perspectiva progresista y muy contraria al Antiguo Régimen», remite a ese contexto «como contraejemplo de lo que se quería para el futuro de España» (pp. 43-44).

Como señala Muñoz de Morales, la novela que le sirvió de reemplazo «adquiere una nueva connotación desde el momento en que conocemos las ideas que Hué y Camacho tenía cuando compuso *El hombre de Tempul*» (p. 157). Por ello comienza el estudio que precede a la edición de *Los gitanos* con un análisis comparativo de ambas novelas, en que observa varios elementos en común: el contexto en que se inserta la historia de *Los gitanos* deriva también de la victoria de Felipe v, pero esta vez se pone el foco en los vencidos; aunque más cercano al héroe romántico, el protagonista de esta segunda novela tiene rasgos similares al de *El hombre de Tempul*; se ahonda en la relación de los señoritos con los gitanos, que aparecen también en esta novela como «instrumento» de diversión para la aristocracia; y, asimismo, se emplea de forma similar el recurso de la anagnórisis para resolver el conflicto. Se diferencian, empero, en que el componente crítico hacia Felipe v y la aristocracia aplebeyada se hace menos explícito y se sustituyen casi por completo los componentes grotescos por un estilo costumbrista. Todo ello lleva a pensar que *Los gitanos* sería «una suerte de reescritura de *El hombre de Tempul*, quizás más ajustada a las exigencias del impresor» (p. 160).

El argumento de esta segunda novela gira en torno al enamoramiento de un noble, Pedro Vargas, de una gitana, María, que finalmente resulta ser Leonor, la hija desaparecida de don Gerónimo Bocairent, un hombre atormentado por el terrible error que lo llevó a cometer el asesinato de su esposa y de su suegro, un austracista valenciano represaliado tras la Guerra de Sucesión. Muñoz de Morales dedica, como en el estudio anterior, la tercera y cuarta secciones a analizar el trasfondo histórico y el grado en que la ficción se separa de la realidad. La historicidad de esta segunda novela, al igual que en *El hombre de Tempul*, radica en que la realidad que se muestra deriva de las circunstancias concretas en que se circscribe su trama. Solo que a esa realidad se añade, esta vez, el detalle histórico de la fuerte represión que Felipe v impuso tras su victoria, con lo que Hué y Camacho exhibe «la faceta opuesta del Borbón: su残酷» (p. 165). Esa represión del bando vencido se utiliza, además, como detonante de la desgracia del protagonista, y el personaje represaliado, Diego de Palán, se convierte en ejemplo extremo de las consecuencias que puede acarrear la persecución de los vencidos.

Por lo demás, en el resto de los epígrafes de los estudios preliminares, que comentamos sucintamente y de forma conjunta, Muñoz de Morales trata de ponderar y mostrar la valía y originalidad literarias de José Miguel Hué y Camacho. En primer lugar, desvincula el «majismo» y el «señoritismo», presentes en estas novelas, de una visión estereotipada de lo andaluz, para ligarlos a una perspectiva crítica del señoritismo «como sistema social aberrante y ajeno al del resto del mundo» (p. 52) y del majismo como consecuencia de la falta de refinamiento y de formas de recreo edificantes como la lectura, que según observa, se plantea en ambas novelas como medio de elevación moral frente al envilecimiento y la depravación de algunos de los señoritos y gitanos. Forma inusual de enfocar el majismo que resulta en una visión también peculiar de la relación que los señoritos entablan con los gitanos, pues no es el contacto con ellos lo que los envilece, sino que es su propia

depravación la que los conduce a mantener una relación degradante para el pueblo gitano, en tanto que instrumento de sus reprochables e inútiles diversiones y vicios.

Otro rasgo que demuestra la originalidad literaria de este autor jerezano es el novedoso tratamiento del costumbrismo en *El hombre de Tempul*, donde se combina con lo gótico y lo grotesco como medio para señalar el «horror cotidiano» que infunden los terribles actos amparados en la impunidad de un cortijo andaluz fuera del alcance de la ley. En este sentido, Muñoz de Morales dedica un apartado a hacer balance del realismo propio de la visión costumbrista y del romanticismo que sugieren los elementos góticos de la novela. Ello lo lleva, finalmente, a considerar esta novela como «una de las primeras [incursiones de] la narrativa española, en el llamado “Romanticismo objetivo”» (p. 63), preludio del Realismo posterior, de modo que el jerezano incluso se anticiparía a autores como Fernán Caballero, Pedro Antonio de Alarcón o Juan Valera. En *Los gitanos*, sin embargo, la descripción costumbrista es central, en detrimento de la acción y de los elementos góticos, pues gran parte de la novela se centra en exhibir y censurar, por medio de distintos «cuadros» o «artículos» costumbristas, la degradante situación y función social de los gitanos en su relación con la aristocracia. De hecho, Muñoz de Morales demuestra el distanciamiento de Hué y Camacho de prejuicios de tipo racial, ya que en sus novelas la dicotomía se establece, en realidad, entre personajes más o menos sensibles, independientemente tanto de su origen racial como de su entorno social.

Pero si algo negativo señala Hué y Camacho relativo a los gitanos es cómo viven la Semana Santa jerezana, sobre la cual Muñoz de Morales aporta documentada información en el aparato de notas. Es a través del personaje de María, que no pertenece a esa etnia, pero se halla integrada en ella, como Hué y Camacho denuncia la idolatría, manifiesta en la rivalidad que mantienen las cofradías por encumbrar su efigie frente a otras, y el sadomasoquismo que representan los penitentes. No es esa la única vez que el jerezano emplea un personaje que presenta un punto de vista distanciado de lo que juzga para exponer su visión crítica de la realidad: también opone la actitud «segregacionista» del andaluz Juan de Vargas con respecto a los gitanos, al comportamiento del valenciano don Gerónimo Bocaïrent, personaje que «constituye una propuesta sobre lo que se ha de hacer con los gitanos y la responsabilidad que las élites tienen en su integración» (p. 192).

Por otro lado, Muñoz de Morales se plantea los rasgos que ubican a los protagonistas de ambas novelas entre el héroe de sensibilidad dieciochesca y el héroe romántico. En cuanto al «hombre de Tempul», subraya su necrofilia como signo de la destrucción de su virtud, derivada de las terribles vivencias que sufre en un mundo marcado por la «impunidad del vicio»; ante la cual el personaje toma una actitud descreída hacia la Iglesia, sometida a la pecaminosa voluntad del señorito Juan Medrano. Sin embargo, pese a poseer estos rasgos que lo acercan al héroe romántico, las manifestaciones extremas de su sensibilidad, cercanas al *weltschmerz*, corresponderían todavía a una psicología en línea con el héroe sensible dieciochesco. No así la caracterización del atormentado don Gerónimo Bocaïrent (*Los gitanos*), más próxima a la del héroe romántico, dado que aparece dotado de una complejidad mayor y no acusa la sensibilidad presente en Pedro Medrano, sino que es ya «un calavera violento, impulsivo y atormentado, a la manera de Byron» (p. 193).

Por último, tras la edición de los textos, Muñoz de Morales clausura el volumen con un epílogo en que subraya la conveniencia de hacer una lectura conjunta de estas novelas, y valora la posibilidad de futuras investigaciones sobre este autor y sobre otros que, como él, se arriesgaron en su época a novelar el siglo XVIII.

En fin, labores de recuperación como la realizada en este volumen por Javier Muñoz de Morales Galiana constituyen una aportación de relevancia a la historiografía literaria,

pues permiten visibilizar la obra de autores tan peculiares como Hué y Camacho, que ocupa ahora un lugar singular en el panorama de la novela histórica del XIX por su elección del siglo XVIII como materia novelable a través de la que proyectar su visión crítica de la realidad.

Celia ESTEPA ESTEPA
<https://orcid.org/0000-0002-8757-8811>

